

Melrose, D. F.
Junio - 926.
Lomax

POEMAS SUDRAS

POR

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ

ALFONSI

POEMAS SUDRAS

Manuscrito de la Biblioteca Nacional de España
Deposito legal 1910-1911
1910-1911

PRÓLOGO

Los idiomas son fiel imagen de una sociedad bien organizada.

Algunos viven bajo un régimen despótico: el de la Academia; otros bajo un gobierno democrático: el Uso.

Pero todos tienen su aristocracia de abolengo; su aristocracia de cañón; su plutocracia, su clase media, su clase baja y su clase ínfima.

Además, poseén su casa de expósitos, á donde son arrojados los neologismos; sus manicomios, á donde van los solecismos; sus penitenciarías, para los barbarismos; sus hospitales, donde se asilan las voces que van cayendo en desuso; y sus cementerios, en donde son sepultados los arcaísmos.

Pero á las veces sucede que en esos cementerios hay *aparecidos*; es decir, espectros de difuntos, que surgen de la tumba; y no es raro que el espíritu reencarne, tome nueva forma y siga nuevo curso entre los vivientes.

La voz *Paria* es una de esas reencarnaciones; la voz *Sudra* es otra.

Ambas estuvieron enterradas en las Pagodas de la India.

ALFONSO

La sociedad del Indostán estaba dividida en castas. Lo está aún.

La primera, más noble y principal, la constituían los sacerdotes, ó *Brahmas*, ó *Brahmanes*.

La segunda casta la constituían los *Xchatrias* ó *Kchatriyas*, es decir, los guerreros.

La tercera la formaban los *Vaysias*, ó *Vaisiyas*, esto es, los que se ocupaban en el comercio y en las industrias.

La cuarta la constituían los *Soudras*, ó sean los artesanos bajos, los obreros ínfimos, y los sirvientes.

Después venía algo que no era casta propiamente dicha, el grupo de los *Burren-Sanker*, ó *Warna-Sankra*, especie de mezcla un tanto incoherente, formada por la descendencia de todos aquellos que habían sido degradados de sus primitivas castas, por haber contraído uniones ilícitas.

Y después, más abajo de todo, inferior á lo ínfimo, á donde no llegaba ni el desprecio de los mismos *Warna-Sankra*, se removía una multitud informe, sin derechos, sin esperanzas en la tierra, cuya presencia era execrada, cuya vista era una mácula, cuyo contacto era un crimen. Estos eran los *Parias*.

Tal división era de origen divino.

Siempre que una sociedad inventa algo de atrocmente espantoso, hace á Dios su cómplice, cuando no lo declara único autor de la atrocidad.

Según el Código de Manou, ó sea la Biblia india, Brahma (Dios) produjo al *Brahmán* de su propia boca; al *Xchatria*, de sus brazos; al *Vaysia*, de su muslo; y al *Soudra*, de su talón.

El *Paria* no fué producto de Brahma; no tenía origen divino; ni siquiera nació del polvo pisado por la divinidad.

El sacerdote es desde entonces el porta voz del Sér Supremo, el intérprete de su voluntad, y ocupa por lo

tanto, el primer rango sobre los hombres, siendo soberano señor de todos los seres, depositario de la verdad y de la ciencia, con plenos derechos sobre cuanto existe, en virtud de su primogenitura.

«El Xchatria ó el Vaysia, dice Manou, que se arroje sobre un Brahmán, con la intención de golpearlo, pero que no lo golpee, queda condenado á vagar durante cien años en el infierno llamado *Tamisra*. Si lo golpea con cólera é intencionalmente, aunque sea con una brizna de yerba, renacerá durante veintiuna transmigraciones, en el vientre de animales innobles. A tantos granos de polvo como absorban la sangre del Brahmán, al caer en tierra, corresponderán otros tantos años en que será devorado por animales carniceros, en el otro mundo, aquel que la derramó Que el Rey se guarde mucho de matar á un Brahmán, aunque este haya cometido todos los crímenes imaginables; que lo destierre de su reino, dejándole todos sus bienes, y sin hacerle el menor daño»

El Sudra no tenía derecho alguno, ni siquiera el de oír leer los Libros Santos, ni el de asistir al sacrificio.— «Que el Brahmán no dé á un Soudra ni consejo, ni las *sobras de su comida (!)*, á menos que este sea su sirviente; no debe enseñarle la Ley, ni ninguna práctica de devoción expiatoria; quien declara la Ley á un hombre servil, ó le hace conocer una práctica expiatoria, será preeipitado á la mansión tenebrosa llamada *Asamorita*.—Un Soudra no debe amontonar riquezas superfluas, aunque esté en posibilidad de hacerlo.—Un Soudra, aunque esté manumitido por su amo, queda siempre en servidumbre, pues siendo ese su estado natural ¿quién podrá sacarlo de él? . . . Si un Brahmán se encuentra necesitado, puede apropiarse el bien de un Soudra, con toda seguridad de conciencia»

Con toda perfidia y perversidad, Manou concedió al Sudra y al Paria el derecho de tener un alma, sometida á

la metempsicosis. Así esos infelices creyeron en una vida pasada, causa de su estado de abyección en la presente; y en una vida futura, que sería la recompensa de la actual... hasta donde el Brahmán lo consintiera.

El temor al castigo y la sospecha de recompensa los mantuvieron resignados, borrando hasta la intención de sublevarse contra las instituciones.

Esto pasaba hace cientos de siglos.

¡Qué poco ha progresado la sociedad desde entonces!

La misma *Trimourti*, ó *Trinidad*, en los altares; la misma Ley sagrada; el mismo Brahmán; los mismos Xchatrias, los mismos Vaysias, los mismos Sudras y los mismos Parias.

Dicen que la historia se repite. ¡Error! Lo que hay es que la humanidad no cambia.

Yo exclamo como Babrios:—«Siempre he hecho fervientes votos porque llegue el día en que la debilidad inspire temor al fuerte.»

Y he venido predicando la doctrina de redención, desde mi juventud, en el libro, en el periódico y en la tribuna.

A ella obedecen mis libros intitulados «Los Ilotas del Siglo XIX» y «La Redención de una Raza,» publicados hace años.

A ella obedece también la presente colección de versos, y otras que listas quedan para ver la luz; á ella pienso consagrar los pocos años que me quedan de vida, cumpliendo con mi deber según lo entiendo; luchando por destruir todo lo que significa opresión.

Esto por lo que respecta á mis ideas filosóficas y políticas.

En lo que se relaciona con el arte, creo que ya es tiempo de que rompamos casi todos los moldes antiguos, ó al menos de que vaciemos en ellos metal moderno.

Ya, en pintura, pasó la época bíblica de Rafael y de

Murillo, y la ascética de Zurbaran, y debe prosperar la de Millet, la de Raphaelli y la de Segantini.

En poesía deben quedar relegadas á la categoría de curiosidades arcaicas esos sistemas clásicos, románticos, contemplativos y subgetivos, que han durado demasiado tiempo; para inspirarnos en los dolores reales, en las aspiraciones positivas, en los anhelos legítimos; olvidando al hombre, para fijarnos en la humanidad.

Por eso en mi labor no me refiero á un pueblo; sino á todos los pueblos.

No me circunscribo á una época; sino que comprendo á todas.

Rafael de Zayas Enriquez.

México, Enero de 1903

Lira de Acero

¡Imposible! . . ¡Imposible! . . Por más que busco
No hallo dúctiles versos para la estrofa;
En mi afán el indócil cerebro ofusco,
Y se esquivo la Musa, de mí se mofa
Cuando intento forzarla tenaz y brusco.

Quiero hacer los primores del lapidario,
Engarzar las ideas en áurea rima,
Convertir las estrofas en relicario;
Mas rompo en mi torpeza la dura lima,
Y la obra resulta del operario.

Y si mis manos pulsan laúd sonoro
De preclaro poeta, la Musa altiva
Despréciame, y en vano su auxilio imploro,
Que desgarras las cuerdas, la vengativa,
Y en vil metal convierte lo que fué oro.

No habitarán mis versos los camarines
 Donde al amor la dama gentil se entrega,
 Ni escanciarán la copa de los festines;
 Pues campeones rudos para la brega
 Son de hazañas más nobles los paladines.

Soy el vate del sudra, del agrio duelo,
 De la virtud que infaman, del pauperismo,
 De la ambición legítima, del alto anhelo,
 De toda ala que rota cae al abismo,
 De toda queja amarga que sube al cielo.

Dejad sólo en mi lira recios bordones,
 Que son los que convienen para mi canto;
 Dejadme con mis tigres y mis leones;
 Con mis fieros rugidos que dan espanto,
 Y cataratas de odios y maldiciones.

El Sudra

El sudra es el caído, el sudra es el abyecto,
 El hombre sin familia, sin patria y sin hogar;
 Es menos que el esclavo, lo ínfimo, lo infecto;
 El lodo en podredumbre que empieza á fermentar.

El miasma deletéreo, los gérmenes morbosos
 Que siembran de consuno la incuria y la ambición,
 Y va sembrando muerte su aliento de leproso
 Del pobre en la cabaña del rico en la mansión.

¿De qué os quejáis, magnates? ¿No veis que es obra vuestra?
 El hongo envenenado lo cría la humedad;
 El sudra es el producto de la ambición siniestra,
 Que, al suprimir la higiene, creó la enfermedad.

Forzados son eternos el crimen y el castigo
 Que arrastran el grillete que férreos los unió;
 Es corrección del prócer el misero mendigo,
 Es corrección del chatria el sudra en quien se alzó.

Yo al huracán desprecio, porque al arbusto abate
 Y al gigantesco monte lo miro respetar;
 Venero al terremoto que intrépido combate
 A grandes y pequeños y los destruye al par.

Genesis

Moisés tiene razón: de innoble arcilla
Formó el Eterno al arquetipo humano,
Y la mujer salió de una costilla,
Como la mariposa de un gusano.

¡Gusano y cieno! . . Símbolo asqueroso
De un génesis brutal, pero fecundo;
Nunca podrá surgir nada virtuoso
De origen tan grosero y tan inmundo.

Lodo es el cuerpo, del gusano el nido,
Pues de lodo formose el protoplasma;
Es el cerebro lodo enrarecido,
Y el pensamiento, miasma.

Odio

Tú me enseñaste á odiar. Mi alma de niño
En mi cuerpo de hombre palpitaba;
Estrella que en las sombras fulguraba
Como en negro cojín el blanco armiño.

Mas cuerpo y alma tu perfidia estrecha,
Y los confunde en semejanza innoble;
Ya son la sierpe y el podrido roble
En que se oculta, y al pasante acecha.

La oración olvidé: no tiene objeto
Que invoque á Dios quien la maldad medita;
La Musa, ayer piadosa, hoy es precita,
Y de laud le sirve un esqueleto.

Por tí nuevo camino al numen abro,
Y por él lo conduzco y lo custodio,
Y recogiendo voy gritos de odio
Para cantar al mundo himno macabro.

¡Que no me sé vengar! . . Sobra veneno
Gigante, fuerza, voluntad é ira. . .
Ya no es Dios, Satanás es quien me inspira,
Y ya la repugnancia perdí al cieno.

Yo de tus noches turbaré la calma;
Como eterno vampiro, en tu presencia,
Clavaré la mirada en tu conciencia
Y las uñas hirientes en tu alma.

Adán

Después de ruda faena,
Empapado de sudor,
Reposa Adán.—Del Señor
En su oído la voz suena:
—«¿Lo ves? le dice, te traje
Tu delito á la expiación,
Y hoy vives en la aflicción,
Pidiendo el pan al trabajo.

«Mientras que ayer disfrutaste
De las dichas del Edén,
Donde era perenne el bien
Y nunca nada anhelaste.»

Levanta la frente Adán
Y contesta al Invisible:
—«Mi suerte no es tan horrible,
Ni tan amargo mi pan.

«En tu Paraíso hallé
Siempre la monotonía,
Pues si nada en él temía
Nada tampoco anhelé.

«Y en la tierra á que me lanza
Tu justicia, en su rigor,
Junto al eterno dolor
Hallo la eterna esperanza.»

Tu Resguardo

¿El rico te desprecia y abellaca? . . .
Cuando él hizo la ley, cual privilegio
Reservó para sí el alcázar regio,
Para tí, la cloaca.

¿De qué se admira? ¿Acaso Dios se asombra
Al ver á Satanás en la negrura,
Si guardó para sí cuanto fulgura
Y al otro dió la sombra?

Pues que fuiste lanzado, cual demonio,
De la miseria infame al precipicio,
Exclama cual Luzbel:—«¿Que sea el vicio
Brutal mi patrimonio! . . .»

Deja que tus instintos el mal pudra,
Que hay en la podredumbre algo de bueno:
Al áspid lo protege su veneno,
Y la impureza al sudra.

Cuadro Negro

Promesa es la mañana, terrible lucha el día,
La tarde es un bostezo, la noche es un sopor. . .
La virgen hechicera transfórmase en harpía,
La confianza en duda, la duda en el temor.

El sol renace y muere, y á cada nueva aurora
Resurge la esperanza con menos robustez,
Y vierte dentro el cáliz la fugitiva hora
Su germen de amargura, para aumentar la hez.

Más tarde: gris la aurora, sin sol el medio día,
La tarde como noche, la noche cual caos. . .
El cáliz desbordando la hez, no la ambrosía;
Cerebro sin conciencia, espíritu sin Dios. . .

Yo soy un microcosmos: la duda y el deseo;
La luz y sombra, en átomos; lo noble y lo inmoral. . .
Jove, Mercurio, el buitre, la roca y Prometeo;
El crimen y verdugo, la víctima y dogal.

El Perro

Recio tropel se escucha en lontananza,
Que rápido se acerca.—El troglodita
El antro deja, en que salvaje habita,
Recogiendo sus flechas y su lanza.

Rengífero veloz sobre él avanza,
Que ciego de terror se precipita
Por selva y montes, y que en vano evita
Al perro montesino, que lo alcanza.

El hombre vibra la silbante flecha;
Cae el reno, lo arrastra su enemigo
De la espelunca hasta la boca estrecha.

Lo devora, y al perro, que es testigo
Y le ayudó, los desperdicios echa,
Y gana el hombre su primer amigo.

El Asno

Paciente, humilde. —Perspicaz el ojo,
El casco recio y el oído agudo,
Se muestra en su labor siempre sesudo,
Serenos ante el peligro, y sin arrojó.

Jamás en el castigo muestra enojo,
Y, después de trabajo luengo y rudo
Del hambre el aguijón calma flemudo
Con recio cardo ó con punzante abrojo.

Quien dió el caballo al paladín valiente,
Puso al reno en la estepa solitaria,
Y el dromedario en arenal ardiente,

En la inmensa llanura de Tartaria
Hizo nacer, piadoso y providente,
La bestia sudra para el hombre paria.

Desobediencia

Hipócrita ó cobarde el que obedece
Ciegamente al que manda.—Vil esclavo,
En las cadenas de opresión perece;
Pero el que duda y se rebela crece
Y alienta libre, como alienta el bravo.

Dios hizo al hombre, y lo formó insumiso
Al darle voluntad é inteligencia,
Y fué Adán un esclavo manumiso,
Que en vez de la abyección del Paraíso,
Buscó la libertad de la conciencia.

No habría humanidad sin ese acto,
Que fué de rebelión el más sublime,
Y puso al hombre en íntimo contacto
Con la naturaleza, haciendo el pacto
De luchar contra todo lo que oprime.

Contra la secta que su credo impone,
Contra el imperio que proclama el fuerte,
Contra la ciencia, cuando un veto opone,
Contra todo principio que baldone,
Contra la enfermedad, contra la muerte.

Progreso es redención, y no progresa
 Quien se funda en la fe, sino el que indaga,
 El que, á través de la neblina espesa,
 Enciende con su soplo la pavesa
 Que, por mengua de oxígeno, se apaga.

Grandes no son los hombres que obedientes
 Inclinan la cerviz á todo yugo;
 Grandes son los que se alzan insolentes
 Y, á la faz del pasado, dicen: — «¡Mientes!»
 Escupiendo en el rostro á su verdugo.

Noche

Surgiendo va la Noche, caótica y espesa;
 Me envuelve la negrura, compáctase, es tangible;
 Al encender mi lámpara, su luz miro compresa
 Entre la dura garra de la deidad terrible.

Luchan y se deslizan los rayos luminosos,
 Y en haces se difunden en triunfador alarde;
 Pero después vacilan, detiéndense medrosos,
 Y avanza la penumbra sobre la luz cobarde.

En la tremenda lucha mi lámpara se agota;
 La llama se contrae; la mecha enrojecida
 Parece ojo de un cíclope, que en las tinieblas brota,
 Y va cerrando lento los párpados sin vida.

¡Oh Noche! eres el símbolo de todas las negruras,
 Del odio, el vicio, el crimen, la enfermedad, la muerte...
 ¡Oh Noche! eres la regla, por eso es que perduras,
 Y cuanto brilla logras ahogar con mano fuerte.

En vano enciende el hombre su lámpara mezquina,
 Y Dios concede al astro lumínico elemento;
 Que siempre se consume la antorcha que ilumina,
 Y lámparas ó estrellas se apagan á tu aliento.

Al fin el universo, caduco y fatigoso,
 Apagará en el caos su agonizante grito,
 Y en átomos inertes retornará al reposo,
 En la eviterna sombra del féretro infinito.

Desde mi balcon

¡Oh! deja que mire
 desde este balcón
 las gentes que pasan
 una de otra en pos.
 ¡Qué miro!—Mujeres
 que fingen amor,
 teniendo gastados
 alma y corazón;
 fieras que devoran
 al que se extravió
 en la obscura selva
 de su vil pasión;
 que al oír el grito
 de acerbo dolor
 del náufrago, lanzan
 carcajada atroz...
 ¡Qué triste espectáculo!...
 ¡Dios mío, mi Dios!...
 ¡Qué feo es el mundo
 desde este balcón!...
 Un jefe allí miro,
 con aire matón,
 que á todos los bandos
 ha sido traidor,
 que fué en las refriegas
 sañudo león,

y sangre y más sangre
 violento vertió;
 y que porque tiene
 salvaje valor,
 lo aplauden, lo admiran,
 lo elevan al sol,
 y mil ditirambos
 cantan en loor
 de aquel que más veces
 Que Aníbal venció...
 ¡qué triste espectáculo!...
 ¡Dios mío, mi Dios!...
 ¡Qué feo es el mundo
 desde este balcón!...

Ya miro un banquero,
 sanguijuela atroz,
 que al pueblo ha chupado
 voraz, un millón.
 que pasa insolente
 en regio landó,
 y todos saludan
 como á gran señor;
 proclaman su ingenio
 porque enriqueció,
 y es noble, y filántropo;
 y en vil procesión
 le siguen y asedian
 y besan, ¡que horror!
 la bota infamante
 con que él los pisó...

¡Qué triste espectáculo!
 ¡Dios mío, mi Dios!
 ¡Qué feo es el mundo
 desde este balcón!

Allí un magistrado,
 prevaricador,
 en rica victoria
 que arrastra un frisón...
 Y un don Juan Tenorio,
 brutal seductor,
 á quien las mujeres
 miran con pasión...
 Y un necio ignorante,
 vil calumniador,
 que adulan temiendo,
 su lengua feroz...

Y una Aspasia indígena,
 de un ministro amor,
 quien, como princesa,
 brinda protección...

¡Qué triste espectáculo!...
 ¡Dios mío, mi Dios!
 ¡Qué feo es el mundo
 desde este balcón!

Un sabio genuino,
 que mucho cree
 sin capa, en invierno,
 buscando va el sol.

Tras él, enfermizo,
 un noble cantor,
 pensando que en casa
 ni pan habrá hoy...
 Hambrienta una virgen
 respondiendo:—«¡No!...»
 al rico que le hace
 vil proposición...

Y un viejo soldado,
 que á la patria dió
 un brazo, limosna
 pide por favor...

¡Qué horrible espectáculo!...
 ¡Dios mío, mi Dios!...
 ¡Qué feo es el mundo
 desde este balcón!...

Huracán

La atmósfera un titán feroz oprime,
Y la presión al mundo ya sofoca;
¡Piedad! . . la tierra en su dolor invoca,
Y el mar, en su dolor, cobarde gime.

De pronto el huracán ruge sublime,
A mar y tierra á combatir convoca,
Y acomete al tirano, lo disloca,
Lo vence, lo anonada y lo suprime.

La calma tras la lucha se establece;
El aire es puro; el grande, ya abatido,
Espacio deja para aquel que erece.

Así el pueblo levántase oprimido,
Y derroca al tirano que aborrece,
Y purifica el aire corrompido.

Del Natural

Una playa extranjera, noche oscura,
Una cabaña casi destruída,
La tempestad bramando allá en la altura,
La mar abajo, negra, enfurecida,
En un jergón, llorando una criatura
De miedo, de hambre y frío;
Una mujer de parto, al lado un hombre
Miserable y sombrío,
Sin pan, fuego, ni luz...

¡Y hay quien se asombre
Al ver al crimen levantarse impío!

A un poeta romántico

Hoy que la humanidad ya no soporta
El férreo yugo de la turba infanda,
Despótica, y brutal, que ciega manda
Y hacienda y libertad y vida acorta,

Sólo debe escucharse á quien exhorta
A combatir, y el horizonte agranda;
Y no al poeta que, con lira blanda,
Llora el propio dolor, que á nadie importa.

Cesen, ¡oh bardo! tus sentidas quejas;
Abandona ese estilo deslumbrante,
Que fuego fatuo efímero semejas;

Y arranca de tu lira resonante,
En vez de anacreónticas—abejas,
Oda—león, que el ánimo levante.

El Pastor de Pavos

Hallé un pastor de pavos,
Un marrullero indio,
Sus aves conduciendo
De un modo azás ladino:
De tarde en tarde un grano
Soltaba, con descuido,
Que á la golosa turba
Sirviendo iba de estímulo.
Los granos eran pocos,
Los pavos infinitos;
Mas todos, con fe ciega
De ser favorecidos,
Siguiéronle al mercado,
Y allí los vendió el indio.

¿Verdad que tiene este hombre
Tamaños de político?

El Buey

Imbécil y cobarde á la coyunda
Rindes la frente, para lid armada,
Y dejas que el rejón de la agujada
El labriego brutal en tu piel hunda.

Y le sirves abyecto y sin enojo,
Fecundizando su heredad estrecha,
Y una vez recogida la cosecha
Premia tu abnegación con el rastrojo.

Te conduce, por fin, al matadero,
Donde miras caer á tus hermanos,
Y no escarmientas, y á doblar las manos
Vas á los pies de inmundo carnicero.

¡Infeliz animal! ¡Viejo caduco!
Vives sin esperanzas, sin amorés;
Mueres sin heroísmo, sin rencores;
Vives y mueres como vil eunuco.

· Símbolo de los pueblos, ¿hasta cuándo
Libertarás del yugo la cabeza?...
Al toro imita, muge con fiereza,
Y si debes morir, muere luchando.

Indiferencia

En un fondo cobrizo, verde azulado,
Difúndense en el cielo tonos rubies,
Ráfagas de amatista, cirrus dorado,
Cual plumas policromas de colibríes,
Como luz que refleja prisma irisado.

El mar tranquilo esplende. Blanda la brisa,
Que del oriente arrastra ligeras brumas,
Sobre las verdes ondas pasa de prisa,
Que aprisionarla intentan con red de espumas,
Que rompe y rauda el vuelo sigue insumisa.

Abajo honda llanura sirve de asiento
A un camposanto que ornán vetustos sauces;
Una viuda que exhala triste lamento,
Un ataúd que esconden entre las fauces
Que dilata impasible sepulcro hambriento.

La tierra sobre el féretro cae; rebota
En las rígidas tablas la dura gleba,
Difundiendo en el aire fúnebre nota,
Que en sus alas la brisa recoge y lleva
Y en la garganta múltiple del eco bota.

Sola vuelve la viuda por el camino...
 ¡Sola!... Va acompañada con sus dolores;
 Se detiene y contempla cual desatino
 La embriaguez de las nubes en los colores,
 La embriaguez en la brisa del dios marino.

— ¡Por qué, murmura, ¡oh madre Naturaleza!
 Hay contrastes tan hondos, tan cruel sarcasmo?
 ¡Por qué das á mi espíritu sombra y tristeza.
 Y á cielo y mar otorgas luz y entusiasmo?

 Y mar y cielo brillan con más viveza.

Viajero Eterno

Soy un niño, mi Dios; vine á la tierra
 Sin tener voluntad, en hora infausta,
 Y mirando lo poco recorrido
 Me asusto al calcular lo que me falta.
 ¡Déjame descansar!

Y Dios responde:

—«¡Anda!... ¡Anda!»

Soy un joven, mi Dios. He conocido,
 Aunque me encuentre en una edad temprana,
 Que la vida océano es de amargura,
 Y que la muerte es bienhechora playa.
 ¡Permite que la alcance!

Y Dios responde:

—«¡Anda!... ¡Anda!»

Llegué á la edad madura, concibiendo
 Ideales sublimes de esperanza;
 Pero todos los vi rodar marchitos
 Al soplo de tormenta despiadada.
 ¡Deja plantar mi tienda!

Y Dios responde:

—«¡Anda!... ¡Anda!»

Soy un viejo; mi vida ya concluye,
Y libre voy á verme de su carga;
La sangre de mis pies bebió la arena,
Mis miembros desgarró la dura zarza.
¡Descansaré en mi tumba!

Y Dios responde:

—«¡Anda!... ¡Anda!»

Soy una alma, Señor. Mi cuerpo inútil
Dejé del ataúd entre las tablas,
Y vengo á que me des la recompensa
Que prometida tienes á las almas.
¡Reposaré á tu lado!

Y Dios responde:

—«¡Anda... ¡Anda!»

Miseria

La mujer prostituída,
El infante abandonado,
La conciencia entumecida,
El crimen organizado
Y la virtud suprimida.

Ignorancia en vez de ciencia,
Como ley, la del más fuerte,
Toda aspiración inerte,
La física decadencia
Y la prematura muerte.

Ni Dios, patria, ni familia,
Ni espíritu—(la materia
Entre el hambre y la vigilia
Mal con ellos se concilia)
Hé aquí lo que es la miseria.

Audacia

No conduzcas tu barquilla,
Cobarde, junto á la orilla,
Del naufragio en previsi3n;
Que no es propio de un marino,
Y así se alarga el camino,
Y el esfuerzo y la aflicci3n

Lánzate resueltamente
Por medio de la corriente
De la ciencia y del poder,
Llevando la frente erguida,
Que en toda empresa atrevida
El audaz ha de vencer.

Goyeriq

Con un chambergo mugroso,
Del que mechones se escapan
De una hirsuta cabellera
Que remeda crines canas,
De un zarape en el embozo,
Que más descubre que tapa,
Y deja ver la huesuda
Faz de pipa *culoteada*,
A mí se acerca el mendigo,
Caricatura canalla
Que hizo el *Dios—Goya*, que existe
Algún dios que así se llama.

Al pedirme una limosna
Me tiende su mano flaca,
Con tentáculos por dedos
Y un hondo abismo por palma;
Y murmura una salmodia
En que surgen las palabras
Cual salen las sabandijas
Nocturnas, de las cloacas.
Al recibir mi limosna
Me echa un eructo á la cara,
Y se dirige insolente
A la taberna cercana,
En la que bebe más pulque
Que un mulo sediento agua.

Entona cantos obscenos
 Y bailes lascivos baila,
 Y á Maritornes soeces
Jalonea en son de chanza,
 Que este es el Anacreonte
 Que en nuestros tiempos encaja.
 Ya en estado comatoso,
 Contra la pared se afianza,
 Se desliza lentamente,
 Y junto á un rincón se agacha,
 Donde se queda dormido
 En actitud de tarántula.
 Medio cerrados los ojos,
 Y con la boca embabada,
 Resollando como cerdo
 Que en un lodazal se baña.
 Y el *Dios—Goya* se sonríe,
 Viendo su obra terminada.

A una Sudra

ANTE LA FOSA DE SU HIJA

¡Por qué lloras?
 ¡Por qué al cielo con tus lágrimas imploras?
 Cese, cese tu lamento;
 De aquí huye,
 Pues la fosa que se cierra es lobo hambriento
 Que jamás lo que recibe restituye.

Tienes fija
 La mirada en el sepulcro de tu hija,
 Y en tus labios se disloca
 La palabra,
 Resultando ser tus preces, pobre loca.
 Los girones de una música macabra.

¡Que ella ha muerto?
 ¡Que es el mundo para tí vasto desierto?...
 Tu dolor es egoísta,
 Y atribuyo
 La honda pena que tu ánimo contrista,
 No al mal de ella, que no sufre, sino al tuyo.

Pobre paria,
 Que naciste y has vivido en la malaria,
 Sin un pan y sin un techo,
 ¡Qué basura
 De tu unión con otro paria ha sido el lecho,
 Que dió vida de leprosa á tu criatura?

Fué su suerte
 Que tan pronto la llamara á sí la muerte,
 Sin que diera al precipicio
 Su tributo,
 Que en constante florescencia está allí el vicio,
 Y los árboles de crímenes, en fruto.

No podías
 Ofrecer á la infeliz mejores días;
 La que nace sobre el cieno
 Va al suicidio,
 O derrama en mancebías su veneno,
 O se agosta entre los antros de un presidio.

Era sudra,
 No en la tierra, sino abajo, que se pudra;
 De este modo pronto acaba...
 Si te aflijo,
 Reflexiona que en el mundo eres esclava,
 Y es un réprobo el esclavo que hace un hijo.

Lamento

Cual buzo audaz á todos los abismos
 Curioso descendí, yendo al acaso;
 No hallé del Rey de Thulia el rico vaso;
 Sino mónstruos de horror y excepticismo.

La mar atravesé, movible y falsa,
 Y por do quiera que volví los ojos
 Encontré de los náufragos despojos
 De «La Medusa» en la desecha balsa.

El globo recorrí, de la Siberia
 Al Antártico Mar, y el Nuevo Mundo,
 Y en todas partes, con dolor profundo,
 Hallé ambición, y crimen, y miseria.

¡Oh Dios!... Todo es perfidia, todo estragos...
 No en mi insolencia tu desigño exploro;
 Mas sí, cual Marius, atligido lloro
 En las ruinas de todas tus Carthagos.

Roma

La mano criminal de un fratricida
Amasó de tus muros el cimiento,
Y el ímpetu brutal fué tu elemento
De triunfo en el combate por la vida.

Corruptora á la par que corrompida,
Viciaste del vencido el sentimiento,
Que más buscabas el botín sangriento
Que el arte noble y ciencia esclarecida.

Meretriz insaciable en tus pasiones,
Propagaste doquiera prole espuria,
Que heredó tus infamias y traiciones;

Y dejaste, del orbe para injuria,
El circo y sus bestiales emociones,
Y el lupanar, cubil de la lujuria.

El Triunvirato

Al pie del Capitolio se encontraron
Por la ambición tres próceres unidos,
Y sus ojos de águila, atrevidos,
En la Ciudad Eterna recrearon.

De la conciencia el grito sofocaron,
Y en innoble pasión los tres fundidos,
Con el ánimo hambriento de bandidos
El pillaje del mundo concertaron.

César pide la Galia, que insolente
Empuña el gladio y á reñir provoca;
Dan á Pompeyo España floreciente;

Ceden á Craso la porción más poca
Pero más rica, el misterioso Oriente. . . .
¡Infames!.... ¡Y á la patria qué le toca!....

Caton de Utica

¡Jamás te admiraré!—Tu vida austera
No basta para hacerte el ciudadano
Modelo del repúblico romano,
Que pregona la fama lisonjera.

Aquel que ante el peligro desespera.
Quien no opone su pecho al del tirano,
Quien deja á su país clamar en vano,
Viva en oprobio, y en oprobio muera.

Al pánico en tu pecho diste abrigo
Y cual suicida perecer te plugo,
Huyendo del combate ó del castigo;

Y el héroe cae sacudiendo el yugo
Cual soldado, al furor del enemigo,
O cual mártir, al golpe del verdugo

Meretriz

¡No esperes redención!... No se redimen
Los hechos consumados.—No hay suturas
Que del alma remienden las roturas....
Perece la virtud; jamás el crimen.

Desde el cielo rodaste al hondo abismo,
Donde el sol en el fango reverbera;
Si el ángel convirtiose en la ramera,
Su condición acepte con cinismo.

Lo que pasa contigo pasa en todo:
Seca el sol el pantano y lo fecunda,
Y apenas otra vez l'agua lo inunda
Y el lodo vuelve á ser lo que fué, lodo.

¿A qué subir penosa la pendiente
De la abrupta montaña, si la cumbre
No forma el capitel de la techumbre,
Y otro abismo hay allí más imponente?

A nadie envidies su apariencia y rango:
El cóndor que las alas fiero agita
No es más que el crimen que el espacio habita,
Y la serpiente, el que húndese en el fango.

El seductor magnate es tu enemigo,
Él profanó tu nombre y tu belleza....
Tú el virus le inoculas de impureza,
Y muere cual leproso....

¡Es su castigo!

La canción del herrero

El fuelle sopla en la fragua
 Como aliento de un titán,
 Y las llamas azulosas
 El hierro caldean ya.
 ¡Listos mandarrias y yunque!
 ¡Tac, tac-tac, tac-tac, tac-tac!.....
 El herrero hace la forja,
 Y Dios hace lo demás!

A los golpes del martillo
 Las chispas se ven saltar,
 Y la fragua es un remedo
 Del taller de Satanás.
 ¡Batid con más energía!
 ¡Tac, tac-tac, tac-tac, tac-tac!.....
 El herrero hace la forja,
 Y Dios hace lo demás!

¿Qué fabrico? ¡Quién lo sabe!...
 Lo porvenir lo dirá,
 Porque el cuchillo inocente
 Y el asesino puñal
 Es cuestión de quien lo empuña...
 ¡Tac, tac-tac, tac-tac, tac-tac!.....
 El herrero hace la forja,
 Y Dios hace lo demás!

A un suicida

Calle el labio
 Del imbécil moralista
 Que, á tu nombre haciendo agravio,
 Te moteja de cobarde, te moteja de egoísta...
 Yo te exculpo: fuiste un sabio.

Sin derecho
 Sociedad prostituída
 Nos somete al duro lecho
 De Procasto, y como pena, nos impone la de vida...
 Te mataste: ¡fué bien hecho!

Si venimos
 A este mundo, involuntarios,
 Y con ansias le pedimos
 Que nos dé los elementos á la lucha necesarios,
 Y los niega, de él huímos.

La primera
 Propiedad que el hombre alcanza
 Es la vida pasajera,
 Y renúnciala en la muerte, que es la última esperanza
 Del mortal que desespera.

Calle el labio
 Del imbécil moralista
 Qué, á tu nombre haciendo agravio,
 Te moteja de cobarde, te moteja de egoísta...
 Yo te exculpo: fuiste un sabio.

La canción del carpintero

Hago la cuna en que reposa el niño
Que acaba de nacer....
¡Qué importa si el infante es ilegítimo
O santo fruto de la esposa fiel!

Así construyo el muelle y ancho lecho
Que es el ara nupcial....
¡Qué importa si después el adulterio
Con su lascivia llégalo á manchar!

También fabrico el ataúd que acoje
El cuerpo que murió....
¡Qué importa si es de un paria ó si es de un prócer!..
Los gusanos harán la distinción.

Hago la cruz y escribo el epitafio
Que dicta cada cual....
¡Qué importa si lo dicho es cierto ó falso!..
Pagadme los dineros.... é id en paz.

Sic vos non vobis. . .

Sucio, descalzo, hambriento y andrajoso,
La mirada sin luz, sin voz el labio,
Como un esfinge austero y misterioso,
Sin gratitud al bien, ni al mal agravio,
Dirige el indio al buey en la faena,
Son dos forzados á la misma pena.

Indiferente el buey el surco ahonda,
Y siembra el indio indiferente el grano;
Nace el trigo, madura espiga blonda,
Que es el lujo ostentoso del verano;
Siega el indio, hace el haz y lo recoge,
Y lo conduce el buey hasta la troje.

¡Qué les toca á los dos de ese tesoro!
Lo que de cera y miel toca al enjambre:
Al ocioso patrón, plétora de oro,
Y al buey y al indio laboriosos, hambre...
Y al ver como se premia la avaricia
¡Habrà quien ponga en duda la justicia!

Pasion

—«Yo era joven y pura. El embeleso
De mi primer amor, tú lo causaste...
¿Recuerdas?... Una noche me abrazaste,
Me pediste un beso, y te di un beso.

«La pasión despertaste de ese modo...
La virtud en mi alma adormeciste,
Y después... y después todo pediste,
Y yo, insensata, concedilo todo.

«Ya descendí de la altanera cumbre,
Y mi cuerpo, en el lodo sumergido,
Es un cadáver casi corrompido...
¿Qué más quieres de mí!...»

—¡Tu podredumbre!

Expresion del dolor

Llegóse á Dios Azrael
Y, de hinojos, dijo así:

—«Con tus órdenes cumplí,
Obedeciéndote fiel.

«A una madre maté un hijo
Y maté otro hijo á un padre;
Tu nombre invocó la madre,
Pero el varón te maldijo.

«Díme, Señor, ¿cuál se premia
La humildad de la mujer,
Y qué pena he de imponer
Al hombre, por su blasfemia?»

Y contestó el Sér Supremo:
—«Reciban ambos mi amor,
Que el verdadero dolor
Si no es místico, es blasfemo.»

El dialogo de las Calamidades

El Huracán:—Yo rujo, soplo y barro
Y todo valladar trueco en ludibrio,
Pues lo que á mí se opone lo desgarró;
Y después restablezco el equilibrio.

El Terremoto:—Soy incontrastable,
Mi fuerza es superior á la del viento;
Mas si disloco al mundo miserable,
Le doy en cambio más seguro asiento.

El Fuego:—Yo soy chispa, y llama y humo,
Arma que blande el brazo del Divino;
Mas si todo á mi paso lo consumo,
También todo á mi paso lo ilumino.

La Guerra:—El Huracán, el Terromoto
Y el Fuego, huellas son de mi pisada;
Pero no hay yugo que no quede roto
Al filo prepotente de mi espada.

La Ambición:—A mi antojo elevó y hundo.
La Enfermedad:—La vida al hombre taso.
La Ignorancia:—Yo todo lo infecundo.
El Fanatismo:—Y yo todo lo arraso.

Luzbel

A orillas del Asfáltite,
Donde el Jordán se pierde
Y el kali siempre verde
Sobre la sal se vé;
Allí donde Pentápolis
Hundióse maldecida,
Allí donde la vida
Borrada por Dios fué,

Se mira en el crepúsculo
Un sér que antes divino,
Perdiera repentino
Su excelsa condición:
Luzbel, que ante aquel páramo
Y lago de la muerte
Copioso llanto vierte
De íntima aflicción.

Del coro de los ángeles
Al punto se desprende
Gabriel, que el ala tiende
Por orden de Jeovah,
Y llega junto al mísero,
Con célica dulzura:
—«¡Luzbel, Luzbell!» murmura,
Tus penas cesen ya.

«Ven, que mi Dios magnánimo
 Tu rebelión perdona,
 Y á tu delito abona
 Tu largo padecer;
 De nuevo entre sus súbditos
 Serás el bien amado;
 Que sobre tí posado
 Su planta vuelva á ver.

«Ven á entonar tus cánticos
 De amor y de pureza
 A la eternal grandeza
 De aquel que te formó;
 Te humilla, y con mi ósculo
 En tí la mancha lavó!...»
 Luzbel irguióse:—¡Esclavo,
 Fuera de aquí!... gritó.

El Espiritu de las Leyes

Rióse Montesquieu de mi entusiasmo,
 Después se puso serio,
 Y, recobrando sobre sí el imperio,
 Prosiguió, cada vez con más sarcasmo:

—«Son gran cosa las leyes, de seguro...
 Las hace el fuerte, el hábil, el mañoso,
 El que aparece suave, cuando es duro,
 Avaro que se ostenta generoso,
 Que finge nivelar, alzando un muro,
 Y, con paciente maña,
 Teje tupida red, como la araña:
 El moscardón gigante, fiero zumba,
 Y las mayas destruye y atraviesa;
 Pero la mosca enana queda presa,
 Y es un vivo cadáver en la tumba.
 Ley es la tela; un acusado, insecto;
 Y es una araña el juez sesudo y recto.

«¿Ves allí la prisión penitenciaria?
 A la filantropía
 Se debe esta reforma carcelaria.
 Allí se entra mujer, se sale harpía,
 Y tigre sale quien entró cordero,
 Pues proceden allí con tino tanto
 Que acaba en buen ladrón el mal ratero,
 Y aquel que hirió en defensa, en un artero
 Asesino felón, que infunde espanto.

Mas este resultado lisonjero
 Propósito no fué de las prisiones:
 El microbio del vicio
 Allí crece mejor, pues las pasiones
 Cultívanse en un medio más propicio;
 El propósito ha sido diferente:
 El presidio han creado
 Para hacer presumir á incauta gente
 Que todo el que es perverso, está encerrado,
 Y todo el que anda libre es hombre honrado.»

Los Tres Cristos

I

EL CRISTO BLANCO

El mundo concretado á un hemisferio;
 Esgrime el gladio prepotente Roma,
 Que al universo impone el yugo, y doma,
 Y conduce triunfante al cautiverio.

Noche de esclavitud. En el misterio
 El vicio nace y el delito asoma,
 Se trueca en crimen, se descara y toma
 En sus manos las riendas del Imperio.

Encarna el Dios. De redención y amparo
 Sus doctrinas el hombre no comprende
 Y á muerte inútil lo condena ignaro.

Mas surge redivivo; al cielo asciende,
 E ilumina los siglos como un faro
 La blanca luz que en el Tabor enciende.

II

EL CRISTO NEGRO

Halla el hombre en la cumbre del Calvario
 La amarga esponja y la crüel diadema,
 Y las convierte en divinal emblema,
 Y al Dios sangriento trueca en sanguinario.

Se proclama después depositario
Y consultor de la verdad suprema,
Y fulmina terrífico anatema
Contra aquel que resiste á ser sectario.

Intenta encadenar el pensamiento;
La blanca luz que en el Tabor fulgura
Cambia en hoguera su dañado intento.

Negro el humo remóntase á la altura,
Donde el Cristo aparece macilento,
Ennegrecidos rostro y vestidura.

III

EL CRISTO ROJO

Cansado el paria de ominoso yugo,
Sacude la cerviz y alza altanera
Su frente de bizonte, y ruje:—«¡Muera
Quien pone el hacha en manos del verdugo!

«¡Muera quien vive del humano jugo,
Quien sigue del tirano la bandera,
Quien amordaza el labio con la hoguera
Y niega al hombre el mísero mendrugol»

Y, cual volcán que comprimido estalla,
Se desborda implacable; y en su arrojado
No encuentra al odio dique ni muralla.

Y ve del prócer con espanto el ojo
Bullir, abajo, roja la canalla
Y arriba amenazar el Cristo Rojo.

Fuerza y Talento

Fuerza que aspire, busque en el talento
Las alas y soporte;
Fué torpeza del Rey del firmamento
Reñir con Satanás y su cohorte,
Dando principio á la eternal campaña,
Que si Él es fuerza, Satanás es maña.

En vano las matanzas y diluvio
Del fiero victimario;
En vano pasa Cristo como efluvio
De amor, que va á extinguirse en el Calvario,
Que después de mil siglos de gobierno
Del Dios del Sinaí triunfa el infierno.

No importa que el poder felón proclame
Que es el talento espurio,
Y lo condene á la prisión infame;
Que en la atmósfera negra del tugurio
La cólera sus alas fortifica
Y el espíritu el odio vivifica.

Fuerza que aspire, busque en el talento
Su cómplice y hermano,
Prostituya con oro ese elemento,
Porque es prostituíble, siendo humano,
Y piense que es el ara, ó la picota,
El brazo que redime, ó el que azota.

La Arenga del Jacobino

¡No es la ambición!—Más noble es mi deseo:
Derrumbar el orgullo del erguido,
Y levantar el ánimo al caído,
Como el de Esparta revivió Tirteo.

Basta ya de opresión y fuerza bruta,
De goce arriba y sufrimiento abajo. . . .
Maldito aquel que vive del trabajo
Que en la miseria el prójimo ejecuta.

Si es un crimen cojer lo que á otro sobre,
La ley humana por igual aplico:
Es un ladrón quien roba el oro al rico,
Y más ladrón quien roba al sudra el cobre.

No valladar oponga al odio el pecho;
Arda la tea, el universo inflame;
Donde es sistema la opresión infame
Allí es la insurrección santo derecho.

No invoquéis de la ciencia los fulgores;
No invoquéis el progreso y la cultura;
De ignominiosa paz á la dulzura
Prefiero del combate los horrores.

Quede el cielo neutral cuando bravío
Arrase el mundo el huracán humano;
Y si da protección al vil tirano,
Suba al cielo también mi desafío.

¿Qué es imposible? . . . ¿Que mi intento aborta?
Ni el plomo evito, ni me asusta el hierro;
Ya conozco la cárcel y el destierro,
Sólo falta el patíbulo. . . .

¡Qué importa!

Horrida Plebe

Nihil! !...

La torre en la tiniebla el odio escala,
Despierta al esquilón, fiero lo agita,
Y el toque de rebato tiende el ala
Y cual rudo huracán se precipita
A la ciudad que duerme,
Y á la plebe feroz llama é incita
A la matanza del contrario inerme.

¡Horrible pandemonio!.... Un can aúlla,
Responde una jauría en lontananza,
Y vienen los vampiros en patrulla;
Se yergue el tigre y el chacal avanza,
El sediento león la sangre husmea,
El implacable lobo
La garra apresta al robo,
Y la zorra, que astuta merodea,
Los sigue vergonzante;
Y toda esa alimaña que hormiguea
Algo tiene de humano, lo bastante
Para hacer á la bestia repugnante....
Y asciende, como asciende la marea,
Formidable, terrible,
Retumbante, barriendo destructora,
Y contestando imprecación horrible
Al miserable que perdón implora.

Vocifera, lapida, incendia, mata;
Ya acomete, ya huye,
En girones de harapos se desata,
Y se junta otra vez, se reconstruye
En masa hedionda, impía,
En que no hay sexo, edad ni jerarquía,
Que el hombre es sólo un macho,
La mujer una harpía,
Un cachorro el muchacho,
Y un anónimo el jefe de la banda,
Que va delante y que por eso manda;
Y detesta lo bueno, porque es bueno,
Y rompe el ala, porque el ala encumbra,
Recoje el cieno, porque mancha el cieno,
Y destruye el farol, porque la alumbrá.
Escupe, muerde, pisotea, araña,
Arroja, como discos, las cabezas,
Y del cadáver la sangrienta entraña
Revuelve del arroyo en impurezas,
Y en sangre tibia con fruición se baña....

¿De dónde sale y hacia dónde vuelve
Aquella estafalaria muchedumbre?...
¡No sale, se resuelve!....
Resultante de toda podredumbre,
La bacteria allí nace y se disuelve.
Fermento es la canalla
Del cadáver social ya corrompido,
Latente, mientras yace comprimido,
Y notorio después que inmundo estalla.

Tiranos, la obra es esta
De la ambición maldita;
La plenitud de infamia se indigesta,
Y en hecho infame el pueblo la vomita.

